

# Los «errores» de Góngora en el tálamo de Galatea

*Arnulfo Herrera*

Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM

 ON MUY FAMOSAS las descripciones gongorinas del cíclope Polifemo (aterradora desde la cueva sombría que habita), y la de Galatea, impresionante por la colorida belleza que despliega la ninfa, en ella misma y en todo cuanto la rodea. La de Acis es menos conocida, aunque también es sorprendente por la concisión inicial que irá detallando el poema en las siguientes octavas:

Era Acis un venablo de Cupido,  
de un fauno, medio hombre, medio fiera,  
en Simetis, hermosa ninfa, habido;  
gloria del mar, honor de su ribera [ESTROFA 25].

El joven era el relámpago encarnado de un flechazo amoroso que le habría de permitir a un comentarista antiguo (José Pellicer) disculpar «el rendirse tan presto» a «los méritos eficaces de Acis» y justificar «la liviandad apresurada de Galatea»,<sup>1</sup> una deidad que tenía perdidamente enamorados a dioses y hombres y paseaba desdeñosa sus encantos por los pródigos campos de Sicilia, pese a lo cual cedió ante el menor requerimiento del hermoso joven. Era «envidia de las ninfas y cuidado de cuantas deidades honra el mar», «pompa del niño alado» que conduce a oscuras su embarcación («que sin fanal conduce su venera»). Mientras que, por adorarla, «la juventud arde» y abandona sus deberes, los campos quedan sin cultivar y los ganados están descuidados, los dioses se afanan y persiguen infructuosamente a esta hija de Doris, el dios ciego decidió al fin terminar con la indiferencia que le declaraba la muchacha:

El niño dios, entonces, de la venda,  
ostentación gloriosa, alto trofeo  
quiere que al árbol de su madre sea  
el desdén hasta allí de Galatea [ESTROFA 30].

<sup>1</sup> Pellicer, p. 184.

## Explica Pellicer que

quiere Amor colgar por trofeo en el mirto, árbol de Venus, el desdén de Galatea. Es galante alusión a la ceremonia antigua de colgar por triunfo en los árboles, los vencedores, las armas de los vencidos. Y como el desdén de Galatea era el escudo con que se había defendido del Amor, éste colgó en el mirto por trofeo.<sup>2</sup>

Fue así como se presentó la escena crucial en que la ninfa recibió el «arpón dorado» en su «blanco pecho» y entonces el «monstruo de rigor», la «fiera brava» se ablandó y quedó obligada a ver con más cuidado las sencillas ofrendas que le dejaba la devoción de Acis y que ya le habían despertado alguna curiosidad («fruta en mimbres..., leche exprimida en juncos, miel en corcho» [...] «este de cortesía no pequeño/ indicio la dejó... más discursiva y menos alterada»)<sup>3</sup> Y se enamoró sin haberlo siquiera visto, ni saber su nombre:

Llamáralo, aunque muda, mas no sabe  
el nombre articular que más querría;  
ni lo ha visto, si bien pincel suave  
lo ha bosquejado ya en su fantasía [ESTROFA 32].

Este pasaje dio motivo a los comentaristas antiguos de Góngora para volcar su erudición en torno a la incontrastable potencia del Amor y el súbito enamoramiento de Galatea. El más breve (y tal vez el más antiguo), pero no menos fascinado, fue el comentario del cordobés Pedro Díaz de Rivas:

Finge el poeta que Galatea se enamoró de Acis sin haberlo visto. Lo cual dicen ser imposible los que tratan de esta materia; porque el amor nace de la vista. Acerca de esto... Atheneo (lib.

<sup>2</sup> Pellicer, p. 197.

<sup>3</sup> Estrofa 29. Dice Pellicer: «La que siempre había estado áspera, rebelde y rigurosa con los que la enamoraban, miraba ya con más cuidado, con más amor la ofrenda», p. 203.

3, cap. 12) refiere a muchas personas que se enamoraron de otras sin haberse visto, sólo porque se las representaron los dioses entre sueños. Así nuestro poeta, por realzar poéticamente esta sustancia, finge que el Amor, como dios poderoso hiriendo a Galatea con sus flechas, le dibujó en la imaginación el rostro y figura de Acis.<sup>4</sup>

A unos pasos de los dones que le había dejado, después de vencer al «confuso alcaide» en que se había constituido el «verde soto» para guardar al oferente, Galatea encontró en la «umbría cama de campo» al «cauto garzón» «fingiendo sueño».<sup>5</sup> Parsimoniosa y precavida para no interrumpir la siesta, se aproximó con el fin de contemplarlo, y era tanto su cuidado que habría deseado enmudecer incluso el «dulce estruendo» que dejaba el paso lento del arroyo; se acercó aún más y las ramas le permitieron bosquejar apenas los rasgos que había previsto en su alma:

A pesar luego de las ramas, viendo  
colorido el bosquejo que ya había  
en su imaginación Cupido hecho  
con el pincel que le<sup>6</sup> clavó su pecho [ESTROFA 34]

Dio un pequeño rodeo para mejorar su perspectiva y mirar con más espacio al objeto de su naciente amor. Contempló la «disposición robusta» del joven, la boca, el cabello iluminado por el sol vespertino, el bozo, y así como el áspid suele ocultarse en

<sup>4</sup> Díaz de Rivas, fol. 198 v.

<sup>5</sup> Dice el mismo Díaz de Rivas que fingía sueño por tres posibles causas: «cautela fue de Acis el fingirse dormido, después de haberle dejado aquel don, o ya para gozar más a su placer de la vista de Galatea, o ya para que ella sin en pago de la modestia, contemplando su figura y talle se enamorara, o ya para ver y escudriñar los naturales movimientos o afectos con que Galatea lo miraba». (Fol. 199).

<sup>6</sup> Aquí hay una ambigüedad pronominal causada por la ausencia del enlace que debería encabezar el ablativo: «en». Las ediciones antiguas tienen un «laísmo»: «con el pincel que la clavó su pecho». Se entiende que el sujeto es tácito (Cupido), el dativo es Galatea (implícito también), el acusativo es el pincel y el ablativo es el pecho.

lo más espeso de la hierba y acechar entre las flores a las inadvertidas manos que las cogen, así Galatea se sumergió en el espesor y quedó embelesada con las aposturas que le deparaba Cupido.

en lo viril desata de su vulto  
lo más dulce el Amor, de su veneno;  
bébelo Galatea, y da otro paso  
por apurarle la ponzoña al vaso [ESTROFA 36].

El pasaje sirvió también a los comentaristas de Góngora para discutir extensamente las reglas que permiten a los poetas ensalzar la belleza masculina y marcar las diferencias que tiene la belleza de las mujeres.<sup>7</sup> Pellicer se extendió sobre el color de los cabellos de Acis, cuyo tono fijó como «flavo» («alabadísimo en los héroes de la Antigüedad»), e hizo una tan larga como erudita digresión sobre las formas de teñir y alinear el pelo entre las culturas antiguas, pero debió cortar su prolijidad cuando se entrapó en la comparación de la cabellera de Mesalina con la de la Virgen María que hicieron algunos de los autores utilizados por él en sus escritos.<sup>8</sup> Desde su prostración, desde su falso dormir, ante la proximidad de la ninfa, como Argos vigilante, Acis escudriña el

<sup>7</sup> Por ejemplo, Pellicer: «No afemina don Luis a Acis, aunque le pinta tan hermoso, antes le hace rústicamente bello, airoso sin afectación, galán con descuido, y para esto dice que primero se esconde el áspid en el desaliño del campo, que en lo afectado de los jardines, como si dijera, más enamora lo robusto de Acis cazador, que lo afeminado de los cortesanos, que afectan con el cuidado ser bien vistos». Pellicer, p. 248. O Díaz de Ribas: «Alaba el talle y rostro de Acis, de una hermosura viril, no propia de mujeres. Porque diferente hermosura se les debe a las mujeres que los hombres... Porque la hermosura en el hombre ha de ser ornamento de un cuerpo robusto, señal de ánimo viril, no afeminado». Folios 199r y 199v.

<sup>8</sup> Señala Pellicer: «Para decir que María tenía el cabello flavo no era menester mendigar apoyos en los escritores profanos, y en las torpezas de Mesalina, tan vulgares en Ambrosio Calepino... No se me atribuya a calumnia lo que es celo, ni a enmienda lo que es devoción; a aviso sí, porque cuando los varones tan grandes [...] se desatienden, corre por cuenta de los no tan menores como yo la advertencia. Y si se debía hacer, júzguelo el más apasionado». Pellicer, pp. 244-245.

semblante de Galatea y penetra en sus pensamientos como el lince en la oscuridad, sin que puedan impedirlo los bronces de las armaduras o los muros de diamante. Esta descripción bélica e hiperbólica del escrutinio que consigue el bucólico mancebo, palidece ante el abigarrado conceptismo de Góngora que compendia en el dístico pareado de la octava (uno de los más memorables de literatura española) un ingente número de alusiones culturales, para describir la «rendición» sentimental de Galatea:

que en sus paladiones Amor ciego,  
sin romper muros, introduce fuego. [ESTROFA 37]

Consumado el enamoramiento, viene la entrega. Acis se remueve el sueño y se pone de pie («el sueño de sus miembros sacudido, / gallardo el joven la persona ostenta») para luego inclinarse y tratar de poner un beso en «el coturno dorado» de la joven que, desprevenida, se echa hacia atrás. Pero, repuesta de la sorpresa, «al mancebo levanta venturoso» y lo lleva a un «fresco sitio» cubierto por un «dosel umbroso» y «verdes celosías» de hiedras, donde ambos se reclinan para «dar treguas al reposo» sobre una alfombra cuya suavidad de seda y colorido primaveral imitan «en vano» los mejores tapices de los comerciantes fenicios. Mientras los gemidos lascivos de las palomas («trompas de amor») alteran sus oídos, Galatea limita con «desvíos suaves» la audacia de Acis. No obstante que es, obviamente, un escarceo lúdico de los amantes, Góngora hace una descripción elegante de la abstinencia previa, momentánea, que tortura al hambriento en medio de una tabla llena de manjares («como a Tántalo frente a las manzanas» dirá algún comentarista recordando un soneto famoso del poeta cordobés):<sup>9</sup>

Entre las ondas y la fruta, imita  
Acis al siempre ayuno en penas graves:  
que, en tanta gloria, infierno son no breve,  
fugitivo cristal, pomos de nieve [ESTROFA 41].

<sup>9</sup> Es el soneto que empieza «La dulce boca que a gustar convida».

Y sobreviene el desenlace del juego cuando el «joven atrevido» le chupa a Galatea «las dos hojas carmesíes». Al instante caen las flores sobre ellos y la unión es consagrada por la celebración de una naturaleza propiciada por Cupido:

Cuantas produce Pafo, engendra Gnido,  
negras violas, blancos alhelies,  
llueven sobre el que Amor quiere que sea  
tálamo de Acis ya y de Galatea. [ESTROFA 42]

«Toca aquí don Luis lo ritual de las bodas, que era esparcir flores el tálamo», dice Pellicer apoyado en citas precisas de Claudiano, Estacio, Lucrecio, Luciano, Eurípides, Heliodoro, Pausanías, Herodiano, Lucio Floro, Apiano y agrega que

No obstante toda esta erudición, cometió don Luis dos errores en esta boda de Acis y Galatea. El que escribe cualquier poema, ha de ajustar las circunstancias con el suceso, tanto que, si el fin es trágico, ha de ir disponiendo el caso de modo que después no parezca áspero; habiendo comenzando en regocijo y proseguido en felicidad, que acabe en tragedia. Ya sabemos que al fin de los amores de Acis y Galatea fueron trágicos y, conforme a ellos, habían de ser luctuosas las ceremonias del desposorio. Lo primero, no habían de parecer palomas en los mirtos, porque fueron agüeros felices en la superstición poética... pues en todas edades fue agüero feliz esta ave, así no debía ponerla don Luis en la boda de Acis, donde el tálamo mismo fue sepulcro suyo, sino hacer lo que en el *Píramo y Tisbe* que es el suceso mismo donde mezcla agüeros infaustos... El otro descuido de don Luis fue pintar serenidad en el cielo, lluvia de flores, regocijo en el amor...<sup>10</sup> según lo cual no anduvo atinado don Luis.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Aquí introduce Pellicer una buena cantidad de autores que consignan sucesos infaustos en las uniones de las parejas.

<sup>11</sup> Pellicer, pp. 273-274.

La *Fábula de Polifemo y Galatea* no es una tragedia como quiere Pellicer, sino una de aquellas historias de pastores heredadas de Teócrito que se llamaron «fábulas» y se encaminaron por las veras de los géneros heroicos, hacia el «epilio», de ahí que tanto Góngora como antes Carrillo y Sotomayor hayan elegido la octava real para contar (a su modo cada uno) la historia amorosa de Galatea con Acis cuya unión se consumó en el más suave y hermoso de los lechos rústicos. Sin embargo, el tema no podía ceñirse a la épica como los demás poemas escritos en octavas durante el Renacimiento para enaltecer las gestas de un pueblo o las hazañas de un héroe, sino que, por su naturaleza, esta fábula nemorosa inundaba los campos de la lírica y, como lo había demostrado ya Garcilaso en la tercera de sus églogas con la historia de Elisa (Isabel Freire), la muerte sublimada de los protagonistas conduce hacia un final distinto al de la tragedia.<sup>12</sup> Del modo en que algunos héroes de la mitología grecolatina se convirtieron en constelaciones, lagos, ríos y montañas, estos personajes se sublimaron en «metamorfosis» a través de relatos como los de Ovidio, el paradigma más notable del *Polifemo* gongorino y de la égloga garcilasiana. Así, el amante de Galatea fue transformado en río por las deidades que oyeron los ruegos de la ninfa, y Acis desemboca sempiterno en el mar donde lo recibe su adquirida suegra Doris:

Corriente plata al fin sus blancos huesos,  
lamiendo flores y argentando arenas,  
a Doris llega, que, con llanto pío,  
yerno lo saludó, lo aclamó río [ESTROFA 63].

Los reproches de Pellicer obedecen más bien a una mentalidad estrecha que, a pesar de su abrumadora erudición, solía encerrarse en una moral rígida y limitaba su criterio con ideas mecánicas de la preceptiva; esa actitud, junto al impulso irrefrenable por

<sup>12</sup> El otro tipo de «fábulas» es muy antiguo, se acerca con los «exempla» de la Europa medieval y se dedica a ilustrar dilemas morales empleando como personajes a los animales en historias muy simples.

llenar de referencias sus afirmaciones, no le permitían absorber los detalles más sobresalientes de los pasajes que comentaba. Los supuestos «errores» de Góngora al colorear el tálamo de Acis y Galatea están en buscar a ultranza la unidad trágica, en un relato que perseguía un fin muy distinto. El buen Pellicer contribuyó como pocos autores a ponderar las exquisiteces de la poesía gongorina, pero se perdió en sus propias ideas y no alcanzó a gozar de los objetos que alumbró la luz de su sabiduría.

### **Fuentes**

Díaz de Rivas, Pedro. *Discursos apologéticos por el estilo del Poliphemo y Soledades, obras poéticas del Homero de Hespaña D. Luis de Gôngora y Argote*. Mss/ 3726. Biblioteca Nacional de España. Góngora, Luis de. *Las obras de don Luis de Góngora en varios poemas recogidos por don Gonzalo de Hozes y Cordova*. Madrid, Imprenta Real, 1654. Pellicer de Salas y Tovar, Joseph. *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote, Píndaro andaluz, príncipe de los poetas líricos de España*. Madrid, Imprenta del Reino, 1630.